

LA ESTATUA INTERIOR

François Jacob

Editorial Tusquets, Barcelona, 1989

Los científicos parecen personas aburridas, siempre encerrados en laboratorios y bibliotecas, con poco tiempo para divertirse, y con ideas y actitudes poco imaginativas. Sin embargo, algunas biografías de científicos resultan fascinantes. Tal es el caso de la biografía de François Jacob quien revela una especial capacidad para percibir el significado de diversos acontecimientos en su vida.

François Jacob teje con su infancia un relato del cual es imposible sustraerse, la imagen de sus familiares se dibuja con tal fuerza, que se constituye en un elemento que propicia la reflexión en torno a la vida del propio lector. Paralelamente a los fragmentos que Jacob recuerda, vienen a la mente imágenes de uno mismo en diversos momentos, ya jugando, en casa con los padres, en la escuela o imaginándose solitario. Ello se debe indudablemente al profundo sentido humano del texto, a la manera de expresar las pasiones y acontecimientos que definen plenamente el sentido del ser niño.

El inicio de los estudios de licenciatura significa un rompimiento que acaba con la adolescencia, con el jugueteo. De la Facultad de Medicina Jacob hace una penetrante descripción. La sala de disección con su olor a formalina y sus cadáveres apergaminaados. La disección del espacio crural, la náusea, el encanto y el terror de la muerte. Espacio de indefinición que obliga a debatirse entre el más sólido nihilismo y la curiosidad desenfadada de un Vesalio redivivo.

Indudablemente la Segunda Guerra Mundial ofreció a toda una generación la aventura que de otra manera quizá jamás habrían tenido. La fatalidad se constituye en un elemento esencial en la vida de los europeos de las generaciones de los años veinte y anteriores. Jacob no es la excepción, y en su vida el periodo de guerra resulta la gran aventura. Los cuatro a cinco años de desastre le ofrecieron una oportunidad única de reflexión y autoconocimiento. La coincidencia de una grave lesión contribuyó de manera determinante a su dedicación al estudio de la genética. Es sorprendente la concatenación de hechos fortuitos y acontecimientos inesperados que definen una vocación. Se dice que el hombre es producto de sus circunstancias, pero éstas parecen inaprehensibles. Tal es el caso que nos ocupa, y de quien estoy seguro, sus conocidos y amigos de finales de la década de los cincuenta, no sospecharon llegaría a ser un personaje de nuestro tiempo.

En el proceso de volverse un científico, es reducido el número de circunstancias que definen el éxito. Una de ellas, especialmente relevante, es el tener un verdadero profesor así como colegas de alto vuelo intelectual. Pareciera que la inteligencia científica se adquiere por contagio, por contacto directo con aquellos que la poseen. François Jacob hizo una elección correcta y llegó a trabajar al Instituto Pasteur bajo la dirección de André Lwoff y en la cercanía de Jaques Monod (con quienes compartiría el premio Nobel de medicina en 1965).

Desde su ingreso al Instituto Pasteur como investigador, Fran-

çois Jacob parece haber sostenido una actitud autocrítica profunda. En este sentido escribe: “¿Cuántos años se necesitan, en biología, para llegar a hacer algún descubrimiento de cierta envergadura? ¿Diez años? Quizás quince. Pero al cabo de cinco años ya se tendría que tener una idea de hacia dónde se está yendo: si hacia el éxito o hacia el desastre. Había que ser lúcido. Brusca- mente, decidí concederme cinco años para saber si tenía alguna posibilidad en esta profesión. En caso contrario tendría que renunciar”. Esta actitud crítica y definitivamente anticonformista, aunada a una inteligencia preclara y a circunstancias favorables, constituyen los elementos, “la buena fortuna”, que dieron a este hombre el reconocimiento mundial por sus aportaciones a la comprensión de los mecanismos básicos de funcionamiento y control de la expresión genética.

El François Jacob científico, maduro, es especialmente penetrante y entiende con toda plenitud las singularidades de su trabajo experimental, sin menoscabo de sus implicaciones más generales y de sus repercusiones filosóficas. Concibe la ciencia como una hazaña del intelecto y su visión dista mucho de la concepción dominante. La ciencia aparece como el resultado natural del ejercicio de la imaginación. “... el proceso de la ciencia experimental —dice Jacob— no consiste en explicar lo desconocido por lo conocido, como ocurre en determinadas demostraciones matemáticas. Por el contrario, de lo que se trata es de rendir cuentas de lo que se observa a través de lo que se imagina. De explicar lo visible a través de lo invisible...”.

En el relato, la precisión del lenguaje y su simplicidad contribuyen a realzar su realismo, pero no van en menoscabo de su profundidad. En el centro aparecen las pasiones esenciales de Jacob: el hombre, lo vivido y el saber entre otras. El texto revela ciertamente el trabajo del escultor, de aquel que ha sabido esculpir, en su vida y con su vida, una estatua interior.

Enrique Soto Eguibar

